

la fe de su palabra, que de otro modo era imposible, parecía preciso que apoyase esta palabra sobre la base de hechos prodigiosos, curaciones instantáneas, resurrección de muertos, expulsión de demonios de los cuerpos humanos, suspensión de las leyes físicas y tantos otros, á fin de que los hombres, incapaces de percibir en sí misma la luz de la verdad, descansasen tranquilos sobre el seguro de una palabra acreditada por la misma omnipotencia. Así lo da á entender claramente el Salvador: *Si á mí no me creéis, creed á mis obras*¹. *Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ésas están dando testimonio de mí*². Y en otra ocasión decía á los judíos: *Para que vedís que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados, á ti te digo, paralítico, levántate, toma tu lecho y véte á tu casa*³. ¿No comprendéis ya, cristianos, la necesidad del milagro para establecer el imperio de la fe? Luego, muy lejos de oponerse el carácter milagroso de los hechos á la certeza de la adhesión intelectual, es ese mismo carácter el mejor argumento para apoyar esa certeza.

Y lo que aconteció en el establecimiento de la fe entre los primeros creyentes, eso mismo hubo de verificarse en la implantación y dilatación de la misma fe entre todos los pueblos de la tierra. ¿Podía una sociedad pagana, y por ende fanática, renegar de sus dioses y arrojarlos al fango, á no ser deslumbrada, digo mal, iluminada por el resplandor de los milagros con que venía anunciándose la doctrina del único verdadero Dios? ¿Hubiera podido el mundo antiguo tornarse cristiano, como por encanto, á vuelta de pocos siglos, á no ser obligado por el poder avasallador del milagro?

¹ Io. 10, 38.² Ibid. vers. 25.³ Matth. 9, 6.

Tal es el conocido discurso del ingenioso Doctor de la Iglesia San Agustín, que se compendia en estos términos: «Ó el mundo se convirtió á la religión cristiana con milagros, ó sin ellos; pero en este último caso, esa conversión habría sido el mayor de los milagros, el fenómeno más inexplicable para la razón.» Pero pasemos ya á contemplar la fe en relación con el misterio, asunto anunciado para la segunda parte.

II.

8. Veamos, amados oyentes, si el carácter misterioso de las verdades que se proponen á nuestro asenso, es motivo suficiente para hacer que vacile la firmeza incontrastable de la fe cristiana. ¡El misterio! he aquí el espantajo de la débil razón humana, de esta misma razón que precisamente se siente ennoblecida y elevada por el sublime contacto de lo que está por encima de ella misma. En efecto, la mente humana se abate en lo vulgar, se arrastra por el lodo de lo material y sensible, mientras no sube á lo alto de las verdades superiores, mientras no alza el vuelo á las esferas de lo divino y sobrenatural. ¡Pobre razón humana, tan miserable por un lado, y tan celosa de sus fueros por otro! ¡tan pobre y orgullosa! Nada sabe, según el dicho de los sabios, y pretende negar la realidad de lo que no comprende. El misterio la asusta, la escandaliza, la subleva contra la autoridad que se lo impone, y está ella misma por todas partes rodeada de misterios...

Para declarar brevemente lo que conviene pensar sobre este punto, empecemos por definir el misterio; tratemos, por decirlo así, de comprender en qué está lo incomprendible. Misterio, pues, según el concepto universalmente recibido, es una proposición clara en su

enunciado, conocidos como son sus términos, pero obscura y hasta impenetrable en su íntima razón de ser, v. gr. este dogma cristiano: «Dios, uno en esencia, es trino en personas.» Los términos son claros, Dios, unidad, trinidad ...; pero la proposición enuncia una relación que el humano entendimiento no alcanza á ver con claridad en la comparación de sus términos. Observemos desde luego que la obscuridad no está precisamente en la cosa; pues, no siendo, como no lo es, un contrasentido, un absurdo lo que se afirma, es, ó, á lo menos, puede ser una realidad, y toda realidad es clara en sí misma. La obscuridad, pues, está en nuestra inteligencia, á la cual pertenece componer uno con otro los términos entre los que flota necesariamente todo pensamiento, y sacar de la comparación el concepto que de la verdad debe formarse en el espíritu. Mas he aquí la desesperación que produce lo misterioso, lo incomprendible: por más esfuerzos que haga la razón para hallar aquí el enlace íntimo de los términos, no puede descubrirlo, y tiene que aceptarlo ciegamente, no sin experimentar el amargo sentimiento de su impotencia, de su cortedad de visión. Pero, de ahí ¿qué se sigue lógicamente, en buena fe? ¿por ventura, la negación de la indescifrable verdad? No, sino el reconocimiento y la humilde confesión de la propia incapacidad, aunque ésta sea irremediable por emanar de la limitación misma de la naturaleza racional. He ahí todo. Lo que decía el humilde San Agustín: *Demus aliquid Deum posse, quod nos fateamur investigare non posse.*

9. Que entre las verdades reveladas haya muchas, ya que no sean todas, de índole misteriosa, esto es, verdaderos é incomprendibles arcanos, nada tiene de extraño, antes bien mucho de natural y verosímil. La

recta razón lo presente, lo adivina, conviene en ello de buen grado. Siendo Dios un ser incomprendible para toda inteligencia finita — ¡cuánto más para la humana! — por lo mismo que es un ser infinito, ilimitado en su acción y perfecciones, incapaz de caber en los estrechos límites de cualquier otra inteligencia que no sea la suya; es manifiesto que todas las verdades concernientes á la Divinidad tienen que ser otros tantos arcanos profundísimos para el menguado entendimiento del hombre. Aun aquellas verdades que acerca del ser divino y sus atributos alcanza á vislumbrar la razón, y que por esto no salen del orden natural, son, sin embargo, verdaderos misterios, supuesto que, por más que se percibe *lo que son*, jamás puede comprenderse *cómo son*, esto es, el modo y la razón de ser de aquellas verdades altísimas. Aclaremos esta observación con algunos ejemplos. «Dios es inmenso»: aquí tenéis una verdad suficientemente clara para el entendimiento, que, dado el concepto de inmensidad, halla que este atributo le conviene á Dios. Mas ¿cómo llena Dios los espacios del cielo, la tierra y los abismos? ¿cómo está Dios en todas partes sin división ni mudanza? He aquí lo incomprendible, el misterio. ¿Dónde estaba Dios antes de fabricarse por sus manos el real palacio de los cielos? La razón, hasta por la boca de un niño, responde sin vacilar que en sí mismo; pero ¿entiende bien, no digo el niño, sino el anciano y el sabio, qué significa estar Dios en sí mismo, de manera que, para el ser eterno y necesario, lo mismo sea estar que ser? Nuevo misterio insondable en el terreno de las verdades naturalmente conocidas. Pues ¿qué será, carísimos oyentes, de aquellas otras altísimas verdades relativas al ser divino, que, por exceder de todo punto la humana capacidad, sólo pode-

mos entreverlas con el divino telescopio de la fe? ¿que una sola esencia, v. gr., indivisible y simplicísima en sí misma, radique toda en tres personas, de tal suerte distintas, que la una no sea la otra, bien que las tres no sean más que un solo y mismo ser? *Quis audivit unquam tale?*¹ Y ¿será más comprensible por ventura el hecho de un Dios encarnado, sin detrimento de su gloria, en las entrañas integérrimas de una virgen-madre? *Perfectus Deus, perfectus homo ... non duo tamen, sed unus est Christus*². Un solo Cristo, igual al Padre é inferior á Él, eterno y temporal.... ¿Osará el pensamiento del hombre sondear la profundidad de estos abismos? «Ciñe, á guisa de varón, tus lomos, decía Dios al humilde y discretísimo Job; prepárate para responderme....³ ¿Dónde estabas cuando echaba yo los cimientos de la tierra? Dímelo, si por ventura lo sabes.... ¿Sabías tú que habías de nacer? ¿habías conocido el número de tus días?... ¿Sabes por qué caminos se propaga la luz, y cómo se reparte el calor sobre la tierra?... ¿Quién es el padre de la lluvia, ó quién engendró las gotas de rocío?... ¿Entiendes tú el orden de los cielos, y podrás dar la razón de su influjo sobre la tierra?... ¿Quién puso en el corazón del hombre la sabiduría, ó quién dió al gallo el instinto para arreglar sus cantos?...»

Así confundirá Dios en todo tiempo la flaca y temeraria razón humana que presume poder entrar en discusión con la sabiduría infinita, y darse cuenta de los secretos del Altísimo.

10. Sin embargo, este carácter de incomprensibilidad, propio de todo misterio, no impide en manera alguna

¹ Is. 66, 8.

² Symb. S. Athan.

³ Job cap. 38 per tot.

la certeza de la fe. Por ser incomprensible una proposición, ¿dejará de ser cierta? Un concepto no arrastra necesariamente el otro. ¿Con qué derecho se erige en principio inconcuso el famoso apotegma de la incredulidad: «Sólo creo lo que comprendo»? ¿Es decir que sólo debe tenerse por cierto y verdadero lo que la humana razón alcanza á comprender; y todo lo demás debe desecharse por falso? Tal principio, sobre ser locamente presuntuoso, es soberanamente absurdo, porque supone una de tres cosas, todas falsas, á saber: ó la capacidad infinita de la razón humana, de manera que todas las verdades hayan de caber en ella; ó la finitud de la verdad, de suerte que ésta no se extienda más allá de los límites de la razón finita; ó, finalmente, que no haya más medio de cerciorarse de la verdad, que la propia é inmediata evidencia. ¿Quién no ve que todas tres hipótesis son inadmisibles? Porque ni la razón del hombre, ser finito en alma y cuerpo, es infinitamente capaz; ni la verdad está circunscrita en los límites de la razón, pues nada ni nadie puede estrechar sus fronteras; ni, por fin, el único medio de certeza es la inmediata percepción del objeto, pues no menor certidumbre engendra en el ánimo desapasionado el testimonio fidedigno, equivalente á la evidencia. *Cierto estoy*, decía el Apóstol, *porque sé á quién he creído*¹. La autoridad del testimonio se deriva de las cualidades del testigo, ciencia y veracidad á toda prueba; y, éstas supuestas, es base incontestable de certeza racional. ¡Cuánto más lo será en el orden sobrenatural, supuesto el auxilio divino ó la gracia de la fe! Aun sin esto, la razón puede y debe moralmente descansar sobre la

¹ 2 Tim. 1, 12.

fe de la palabra humana. Y esta confianza es necesaria, mayormente en la vida práctica, pues ¿qué sería sin ella el individuo y la sociedad? Véase al ilustre Doctor de la Iglesia, San Agustín, discurrendo sobre la utilidad de creer.

11. Y, á pesar de estar cerrado con velo impenetrable el misterio, de tal suerte que fuera vana y estéril pretensión querer descorrer ese velo sagrado y contemplar en su propia claridad la verdad escondida, puede, no obstante, iluminarse el misterio á favor de pruebas racionales, basadas, si se quiere, en hechos ó verdades sobrenaturales, pero conocidos con certeza. Y hay, como sabéis, una ciencia de los misterios revelados, como la hay de los misterios de la naturaleza. Al lado de la filosofía, y mucho más alto que ella, se levanta majestuoso, imponente, el edificio de la sagrada Teología. ¡Qué ráfagas de luz no arrojan sus razonamientos sobre las más oscuras verdades de la fe! Guiado por el sublime ingenio de Hipona y por la insigne lumbrera de la Iglesia, el Sol de Aquino, ¡hasta dónde no ha podido penetrar el humano ingenio en ese oscuro laberinto de la Revelación sobrenatural! Y, ya que, según la doctrina del Apóstol¹, nuestro asenso á la palabra de Dios ha de ser razonable, bien podemos afianzar nuestras creencias con tal peso de argumentos racionales, que las pongamos fuera del alcance del sofisma embaucador y de la negación descarada. El misterio no dejará de serlo nunca, pero podrá hacerse creíble, esto es, aceptable á la razón.

Digamos, pues, con el Salmista: *Credidi*²: ¡Sí, yo creo! Creo en el misterio, aunque sólo me ofrezca una

¹ Rom. 12, 1.

² Ps. 65, 1.

verdad oculta entre sombras luminosas. Creo en el milagro, aunque deslumbré y ciegue con su brillo extraordinario los ojos enfermizos de la débil razón. Creo porque sé muy bien de donde emana mi creencia, en quién se apoya, y adónde me eleva como escala apoyada en la tierra, pero que toca en el cielo. Sé que mi fe viene de Dios, Verdad suma y esencialmente comunicable, apóyase en su palabra infalible y me conduce á la posesión de la suma Bondad en alas de la esperanza cristiana. Por la media luz de la fe¹ me prometo llegar algún día al reino de la luz, á la visión de Dios, en la eterna bienaventuranza. Así sea.

PLÁTICA PANEGÍRICO-MORAL PARA LA FIESTA DE SAN JOSÉ,

PATRONO DE LA CONGREGACIÓN DE LA BUENA MUERTE,
EN BOGOTÁ.

San José, baluarte de la fe de Colombia.

Protector potentiae, firmamentum virtutis.
(Él es) poderoso protector y fuerte apoyo.
Eccli. 34, 19.

1. Después de los magníficos elogios tributados durante todo el septenario y en la fiesta hoy celebrada, al gloriosísimo Patriarca, por la voz de valientes y piadosos oradores, ¿á qué propósito insistir, carísimos oyentes, en la predicación de las glorias incomparables de José, el santo y digno esposo de María? Si algo debiese yo añadir para colmo de sus alabanzas, para engastar alguna joya más en las que adornan su real corona, sería haceros ver que la grandeza de su dignidad no

¹ 2 Petr. 1, 19.